

**BREVE HISTORIA DE  
ROMA  
EL IMPERIO**

Bárbara Pastor



**Colección:** Breve Historia  
www.brevehistoria.com

**Título:** Breve Historia de Roma. El Imperio  
**Autor:** © Bárbara Pastor

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.  
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid  
www.nowtilus.com

**Editor:** Santos Rodríguez  
**Coordinador editorial:** José Luis Torres Vítolas

**Diseño y realización de cubiertas:** Murray  
**Diseño interior de la colección:** JLTV  
**Fotografías interior páginas 90, 91, 107, 143:** Patricia Calvo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN-13:** 978-84-9763-536-3  
**Fecha de edición:** Septiembre 2008

**Printed in Spain**  
**Imprime:** Estugraf Impresores S.L.  
**Depósito legal:**

# ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN . . . . .	11
2. AUGUSTO, PRIMER EMPERADOR DE ROMA . . . . .	17
3. TIBERIO, EL SUCESOR DE AUGUSTO . . . . .	45
4. CALÍGULA, EL EMPERADOR DE “LAS BOTITAS” . . . . .	49
5. CLAUDIO, EL EMPERADOR TÍMIDO . . . . .	53
6. NERÓN, EL EMPERADOR ARTISTA . . . . .	59
7. LA RELIGIÓN . . . . .	71
8. VESPASIANO, EL EMPERADOR PRUDENTE . . . . .	81
9. TITO, EL EMPERADOR BENÉVOLO . . . . .	87

10. DOMICIANO, EL EMPERADOR RENCOROSO . .	93
11. NERVA, EL EMPERADOR GENEROSO . . . . .	099
12. TRAJANO, EL EMPERADOR EJEMPLAR . . . . .	103
13. ADRIANO, EL EMPERADOR ENIGMÁTICO . .	111
14. ANTONINO PÍO, EL EMPERADOR APÁTICO .	119
15. MARCO AURELIO, EL EMPERADOR FILÓSOFO . .	123
16. CÓMODO, EL EMPERADOR CRUEL . . . . .	129
17. SEPTIMIO SEVERO, EL EMPERADOR CON MANO DE HIERRO . . . . .	133
18. CARACALLA, EL EMPERADOR DESALMADO . .	141
19. MACRINO, EL PRIMER EMPERADOR DEL ORDEN ECUESTRE . . . . .	147
20. HELIOGÁBALO, EL EMPERADOR EXCÉNTRICO . . . . .	151
21. ALEJANDRO SEVERO, EL EMPERADOR INEXPERTO . . . . .	155
22. MAXIMINO, PRIMER EMPERADOR SOLDADO . . . . .	159
23. AURELIANO, EL EMPERADOR TENAZ . . . . .	165

24. TÁCITO Y PROBO .....	169
25. DIOCLECIANO, EL RESTAURADOR DE LA AUTORIDAD .....	175
26. CONSTANTINO, ¿PRIMER EMPERADOR CRISTIANO? .....	191
27. JULIANO EL APÓSTATA, EL EMPERADOR INCOMPRENDIDO .....	265
28. DE VALENTINO A GRACIANO, LA DEFENSA DEL IMPERIO .....	269
29. TEODOSIO, EL EMPERADOR MONARCA .....	273
CRONOLOGÍA .....	278
ARTE ROMANO .....	281
BIBLIOGRAFÍA .....	287



# 1

## Introducción

**E**l Imperio romano, tal como Augusto lo estableció, fue el resultado del confuso periodo de guerras civiles que se prolongó en Italia y en las provincias romanas durante ochenta años.

Mucho antes de Augusto, en los años de la República, Roma trató de impedir que en Oriente se formase cualquier fuerza política sólida, susceptible de llegar a ser un peligro para el Estado romano. Cuantos más disturbios hubiese, pues, en Oriente, mejor era para Roma y mayor su esperanza de llegar a ser la potencia predominante en Oriente.

La intervención romana en Oriente pasó por varias fases. La fase inicial fue la primera guerra macedónica, cuyo objetivo era defender a Roma y a toda Italia contra los propósitos imperialistas de Macedonia y Siria. La segunda fase consistió

en proteger las ciudades griegas contra un posible resurgimiento de las dos potencias humilladas. Y en la tercera fase, que fue la más importante, Roma aplastó a Macedonia al intentar liberarse de la intervención romana. Consecuentemente, Macedonia desapareció como potencia del mundo helenístico. A partir de entonces, cualquier intento de rebelión contra el poder romano era aplastado de forma implacable. Esta actitud cruel y despiadada de Roma generó odio entre la población griega de Oriente.

Sin embargo, como las tropas griegas y macedonias no bastaban para defender sus fronteras septentrionales contra los bárbaros, no tuvieron más alternativa que la sumisión absoluta. Roma introdujo entonces en Oriente el sistema de división en provincias que ya antes había adoptado para el gobierno de los antiguos dominios cartagineses (Sicilia, Cerdeña, Córcega y España), y que tomó la forma de una ocupación militar permanente bajo la dirección de uno de los magistrados anuales romanos. Macedonia fue la primera provincia romana en el Oriente griego.

La férrea mano romana puso fin para siempre a las guerras exteriores y a la discordia interior, y la vida económica de Grecia y del Oriente helenizado comenzó a revivir a finales del siglo II a.C. Pero la prosperidad duró muy poco. La piratería en el mar Egeo y en el mar Negro y la libertad de que disfrutaban los gobernadores romanos para explotar las provincias llevaron la bonanza económica por mal camino. En conse-



cuencia, Mitrídates, rey del Ponto, instigó a los suyos para luchar contra la opresión romana. El resultado de tal enfrentamiento fue un desastre absoluto y la ruina para el Oriente griego.

Mientras tanto, Italia se convertía en el país más rico del mundo. La Italia meridional, Cerdeña y Sicilia fueron los mercados de cereales más ricos del mundo. Apulia y parte de Sicilia producían lanas de la mejor clase. Campania y Etruria poseían una industria muy desarrollada, famosa por su metal y su cerámica.

Los miembros de la antigua y la nueva aristocracia de Roma e Italia, que en su mayor parte habían hecho su fortuna en Oriente, introdujeron el sistema capitalista oriental en la agricultura y la industria italianas. El desarrollo del sistema capitalista en Italia fue facilitado por muchos factores, por ejemplo, la abundancia de mano de obra barata. De Grecia y Asia Menor afluían a Italia enormes masas de esclavos, hábiles artesanos y trabajadores del campo. Italia exportaba gran cantidad de vino, aceite de oliva, objetos de metal y cerámica a los mercados de la Galia, España y Africa.

Progresivamente, Roma dejó de ser un Estado de campesinos gobernado por una aristocracia de terratenientes; y surgió una clase de negociantes muy influyente, así como una burguesía urbana bien acomodada. Esta nueva burguesía no formó parte activa en la vida política del Estado, sino que la aristocracia romana seguía ejerciendo su papel de siempre. La burguesía se dedicaba a organizar la vida econó-

mica y a la construcción de edificios, sin manifestar interés por participar en la vida pública de la capital. El enriquecimiento progresivo de las dos clases superiores de los ciudadanos romanos tuvo enorme influencia en la vida política, económica y social del Estado romano. El empleo de grandes capitales en olivares y viñedos aumentó el valor de la tierra, y muchos labradores vendieron sus propiedades y se establecieron en la ciudad. Con la disminución de la población campesina y el aumento del número de esclavos y colonos en Roma, la comunidad romana corrió graves peligros. El régimen aristocrático tradicional degeneró en una oligarquía de nobles familias ricas, en tanto que la fuerza militar de Italia, basada en la clase campesina, se desvaneció. No olvidemos que solo los ciudadanos que poseían una cierta cantidad de tierras estaban obligados a servir en el ejército romano, lo cual provocó que muchos campesinos vendieran sus tierras a los grandes propietarios, permaneciendo en ellas como colonos y librándose así de la carga del servicio militar. Ante esta situación reaccionaron rápidamente los hermanos Graco, quienes se propusieron realizar una reforma agraria y restaurar el antiguo modelo social. Pero el Estado romano estaba ya sufriendo una gran crisis. El Estado de campesinos no podía ser resucitado.

La invasión de Italia por tribus celtas demostró la incapacidad del ejército romano. Se hizo necesaria, pues, la creación de un ejército profesional y la formación de nuevos generales

que consagraran su vida a la defensa de las fronteras. Cornelio Sila, Pompeyo, Mario, Julio César, todos ellos trataron de controlar la difícil situación en la que se encontraba el Imperio. El periodo de las guerras civiles fue una época de grandes sufrimientos para el Estado romano, y todos los ciudadanos sin excepción deseaban lo mismo: paz. La paz que habría de traerles Octavio Augusto, su primer emperador y padre de la patria.

# 26

## Constantino, ¿primer emperador cristiano?

Constantino era un hombre con mucho coraje y tenacidad. Hombre de frente estrecha pero con fuerte maxilar, según una descripción de alguien que vio en él a un hombre de no excesiva inteligencia.

Sea cierta o no tal descripción, Constantino fue un hombre de acción. Con él se inicia un periodo de la historia de Roma en el cual los ciudadanos dejan el culto a los dioses y empiezan a reconocer la existencia de un solo Dios. A los ojos de todos, Constantino y su Dios habían vencido. Al lado de este hecho importa poco cómo Constantino entendía personalmente a este dios o lo que realmente creía. Lo verdaderamente importante fue que reconoció en el aliado de la batalla al Dios de los cristianos, cuyo culto había sido legitimado el año anterior por Galerio, en su Edicto de Tolerancia. Galerio había reconocido al

cristianismo como *religión lícita*, es decir, como asociación registrada cuyos miembros podían reunirse en locales de su propiedad y crear cementerios particulares para ellos. Las condiciones que Galerio había impuesto para autorizar esta religión era que sus miembros no actuaran en contra del orden público y que incluyesen en sus oraciones al emperador y al Imperio.

Después de la victoria sobre Majencio, Constantino fue vitoreado como libertador de Roma, como auténtico restaurador de la libertad del pueblo romano y, finalmente, como fundador de la paz y la seguridad pública.

Pero el hecho de que Constantino abrazara la nueva religión no implica que el Cristianismo triunfase en el Imperio bajo su reinado. Simplemente, le dio apoyo legal. El Cristianismo, en realidad, cobra auge a finales del siglo IV, bajo Teodosio, emperador que declara el Cristianismo religión oficial del Imperio romano.

Durante siglos se ha puesto en duda la sinceridad de la conversión de Constantino. En cualquier caso, el hecho de su conversión personal es lo que menos importa a la hora de analizar cómo actuó el emperador en una época conflictiva que necesitaba urgentemente la relocalización de piezas en el puzzle social, político y religioso que fue el siglo IV.

Grande era por entonces la desesperación en torno al futuro del Imperio, arrasado por guerras civiles e invasiones bárbaras, azotado por impuestos cada vez más sofocantes, y amenazado por el hambre y continuas plagas. El poder del

Senado y del ejército había sido siempre enorme, pero a partir de Diocleciano se empezó a necesitar de la ayuda divina para resolver los conflictos terrenales. En el periodo de la Tetrarquía, Diocleciano había introducido una dimensión nueva del poder político al referirlo a una voluntad divina. Con ello, la protección de un dios resultaba imprescindible para el buen hacer del emperador. De esa protección dependía la gloria del Imperio y de la persona del emperador, manifestada en las victorias militares.

Probablemente Constantino había vivido una infancia de religión monoteísta, que parece haber sido la de su padre. Desplazado en su adolescencia a la corte de Diocleciano en Nicomedia, pudo haber conocido allí la religión cristiana que había penetrado muy cerca de la intimidad familiar del emperador. Después fue testigo de la experiencia de la “gran persecución” en Oriente ordenada por Diocleciano, y de la tolerancia de su padre Constancio en Occidente, donde por supuesto el cristianismo planteaba menos problemas políticos, ya que estaba poco extendido. Es casi seguro que ocupa Hispania en el año 308 y que, desde entonces, entra en el círculo palatino Osio, obispo de Córdoba, un cristiano sólidamente creyente, muy pragmático y ajeno a las sutilezas teológicas orientales donde se discutían asuntos sobre Cristo y la Trinidad. Este obispo, que estará muy presente a lo largo de toda la vida del emperador, ejerce enorme influencia en las iniciativas que toma Constantino en el ámbito religioso.

En estas condiciones, movido por su ambición política y convencido de su legitimidad por la elección de los generales de Britania y por el reconocimiento (a regañadientes) de los tetrarcas, Constantino emprendió la liberación de Italia contra Majencio, poniéndose bajo la protección de su Dios.

No parece sostenible el argumento de quienes afirman que Constantino abrazó la nueva religión atormentado por un sentimiento de culpa a causa del drama familiar del año 326, que deshizo el hogar del emperador con la muerte de su hijo Crispo, y que sigue siendo un misterio susceptible de las interpretaciones más diversas. De un hombre que no conoció la duda porque estaba seguro de estar guiado por una estrella, no cabe esperar tampoco que sintiera remordimiento. Todo cuanto hacía, lo hacía con la protección de su Dios. Y en cualquier caso, no conviene olvidar que el asesinato de su esposa y de su hijo ocurrió doce años después de que él viera la señal de la cruz en el cielo.

Fausta, esposa de Constantino, se sintió celosa de la popularidad de su hijastro, Crispo (el hijo que Constantino había tenido de su primera esposa llamada Minervina). Movida por los celos, Fausta acusó a Crispo de haber intentado seducirla. Helena, madre del emperador, quiso defender a su nieto, y convenció a Constantino de la culpabilidad de Fausta, acusándola de adulterio. El adulterio era un crimen que cualquier delator podía denunciar. Lo cierto es que Crispo fue ejecutado.

Al poco tiempo, también Fausta fue liquidada con una muerte horrible. Constantino ordenó que Fausta muriera en una bañera llena de agua hirviendo. “Que la saquen cuando no haya duda de que no respira”, dijo Constantino dejando a su esposa en el *caldarium* de las termas.

Como consecuencia de estas muertes, parece ser que Helena sintió después remordimientos que no le permitían vivir en paz. Oyó decir que la religión cristiana perdonaba todos los pecados. Y se puso en marcha en peregrinación, sin importarle que Palestina estuviera al otro lado del planeta. Allí contribuyó a la construcción de grandes iglesias. Murió en loor de multitudes, y ha pasado a la historia como una verdadera santa. Una santa que contribuyó a construir iglesias, y que hizo obras de caridad gracias a ingentes cantidades de dinero que le proporcionaba su hijo, el emperador cristiano.

La razón por la cual se convirtió Constantino interesa poco en realidad. Lo que sí merece atención es el recurso utilizado para explicar dicha conversión. Constantino vio en sueños la señal de un dios que le prometía la victoria sobre su enemigo. Y aunque sea discutible la veracidad de tal señal, no lo es en absoluto la seriedad con que se tomaban entonces los sueños. Constantino fue capaz de convertir la evocación de un sueño en una auténtica revolución. Tratándose de un sueño que tenía que ver con una victoria militar no resultó difícil atraer la atención de los súbditos en un momento político difícil, que solamente una visión sobrenatural



sería capaz de resolver. Nadie discutiría lo que procedía de un poder sobrenatural. En el mundo pagano las revelaciones se producían mediante sueños.

Constantino, incluso después de conceder la libertad religiosa, siguió honrando al Sol. En las monedas se podía ver la efigie del emperador con el Sol, pero también circulaban otras con las letras griegas *X* y *P* (iniciales de *Christos*) que había visto Constantino en su sueño. Según parece, lo que vio fue una cruz con el monograma de Cristo. Pero esto no es todo. Con sus ojos mirando al cielo, vio estas palabras griegas *Touto nika* “con este signo vencerás”. Y aunque nosotros podamos dudar de la verdad o falsedad de este suceso, lo cierto es que Constantino venció sobre su rival Majencio; de modo que importa muy poco si lo que vio fue una visión, o tuvo una alucinación, o se trató más bien de una astuta invención.

Emperador astuto, sagaz, ambicioso, Constantino no arriesgó nada. Su ambición le dio resultado, gracias a la protección divina acerca de la cual no tenía que convencer a nadie, puesto que el resultado de la batalla hablaba por sí mismo. La victoria sobre Majencio, seguida de la conquista de Italia y del control de Africa, es para Constantino una prueba celeste del acierto de su elección. Pero sabía que podría haber problemas en Roma, y se las ingenió para ganarse la colaboración del Senado. Un apoyo político le sería útil para asegurarse la lealtad de sus nuevos territorios en los próximos años.